

PREGUNTAS PARA SUBIR Y BAJAR EL MONTE CARMELO

"POR AQUÍ YA NO HAY CANINO"
¿HASTA DÓNDE NO LO HABRÁ?
SI NO TENEMOS SU VINO
¿LA CHICHA NO SERVIRÁ?

¿LLEGARÁN A VER EL DIA
CUANTOS CON NOSOTROS VAN?
¿CÓMO HAREMOS COMPAÑÍA
SI NO TENEMOS NI PAN?

¿POR DÓNDE IRÉIS HASTA EL CIELO
SI POR LA TIERRA NO VAIS?
¿PARA QUIÉN VAIS AL CARMELO,
SI SUBÍS Y NO BAJÁIS?

¿SANARÁN VIEJAS HERIDAS
LAS ALCUZAS DE LA LEY?
¿SON BANDERAS O SON VIDAS
LAS BATALLAS DE ESTE REY?

¿ES LA CURIA O ES LA CALLE
DONDE GRANA LA MISIÓN?
SI DEJÁIS QUE EL VIENTO CALLE
¿QUÉ OIRÉIS EN LA ORACIÓN?

SI NO OÍIS LA VOZ DEL VIENTO
¿QUÉ PALABRA LLEVARÉIS?
¿QUÉ DARÉIS POR SACRAMENTO
SI NO OS DAIS EN LO QUE DEIS?

SI CEDÉIS ANTE EL IMPERIO
LA ESPERANZA Y LA VERDAD
¿QUIÉN PROCLAMARÁ EL MISTERIO
DE LA ENTERA LIBERTAD?

SI EL SEÑOR ES PAN Y VINO
Y EL CAMINO POR DO ANDÁIS
SI "AL ANDAR SE HACE CAMINO"
¿QUÉ CAMINOS ESPERÁIS?

(P. Casaldáliga)

"Ser lo que se es. Hablar lo que se cree. Creer lo que se predica. Vivir lo que se proclama.
Hasta las últimas consecuencias y en las menudencias diarias." *Pedro Casaldáliga*

"Preguntas" dice el título del poema, porque se trata de preguntar buscando: bajando y subiendo. Preguntándonos, vamos hacia dentro de nosotros mismos; preguntándole, vamos hacia Dios; preguntándoles, vamos a los hermanos y hermanas. Preguntando y respondiendo.

El poema de las "preguntas" se entiende, sin mayores comentarios; pero, puestos a glosar las canciones, ellas quieren decir, en síntesis, que nosotros creemos que se trata de "subir y bajar", de ir a Dios y al Mundo, de contemplar y militar simultáneamente; que en la verdadera espiritualidad cristiana no caben las dicotomías; que todos los crucificados con Cristo están distendidos, a la vez, en la verticalidad y en la horizontalidad de la Cruz, en la gratuidad y en el esfuerzo, amarrados, como raíces, al Tiempo de la Historia y lanzados, como alas, hacia la Gloria de la Escatología...

Cada una de las "canciones", en particular y numeradas, podría decir lo siguiente:

PRIMERA: "No hay camino" hecho, "por aquí"; se va haciendo. Cada itinerario espiritual es una aventura inédita, un juego y una lucha imprevisibles entre el espíritu y el mal, entre el espíritu y el Espíritu también. Y es una aventura colectiva, inédita, la espiritualidad de la liberación, aún siendo tan antiguas como el Evangelio, la libertad en el Espíritu, la opción por los pobres, la justicia del Reino. Aun siendo tan antiguos como la Historia humana, ese juego y esa lucha, con sus derrotas y sus victorias.

Y, sin embargo, nos preguntábamos, corresponsables, solicitados por la hora y por el lugar: "¿hasta dónde no habrá camino?". No se podía esperar más para echar mano de la experiencia de muchos y su sistematización, cuando tantos hermanos y hermanas se sentían perdidos en los vericuetos de la espiritualidad; de vuelta, quizá, de unas espiritualidades que ya no les respondían a las necesidades o perspectivas actuales y sin haber encontrado aún el modo nuevo -legítimo y eficaz- de vivir su fe situadamente.

Si no tenemos el "vino" de Europa, su cultura, que no es mejor ni peor, la tradición sistematizada de una espiritualidad hecha para aquellas latitudes y en aquellos procesos (y, con demasiada frecuencia, con pretensiones de hegemonía), ¿no habrá de servirnos la "chicha" de nuestras culturas riquísimas y el cuenco de nuestros procesos históricos? O ¿sólo en "vino" del Primer Mundo puede beberse a Dios?

SEGUNDA: Esta es una dilacerada pregunta muy nuestra. Una experiencia única de compañía para todo, de comer juntos el mismo pan del destierro y la utopía, de la lucha y la muerte: "*¿Llegarán a ver el día/ cuantos con nosotros van?*".

El "día" de la justicia y de la libertad, el día de los derechos humanos finalmente respetados, el día de la vida con nombre digno de vida humana, salidos de toda esa noche de masacres y dependencias, de denominaciones y marginación. ¿Cuántos habrán de morir "antes de tiempo", sin ver ese "día"? ¿Cuántos habrán de vivir, luchando, preguntando, queriendo ver la Verdad y el Evangelio, sin que la Iglesia, quizás, se les presente como un sacramento claro del "día", sin que los cristianos seamos una comunidad-testigo, una evangelización accesible, inculturada, digna de crédito? ¿Cuántos y cuántas habrán de seguir viviendo, luchando y muriendo, sin ver el día, excomulgados por una Sociedad que se considera la Civilización, y por una Religión que no sabe reconocer el caudal de Verdad y de Vida que ellas llevan consigo y que tal vez condena al Dios vivo de la Historia en nombre de un Dios muerto de los esquemas? ¿Por qué no ha de ser el día de Dios nuestro día humano, su hoy nuestro hoy?

¿Cómo podremos tener el coraje cínico de pretender caminar en compañía - alienada, irenista, cómplice- si no hay entre nosotros, ni siquiera el pan indispensable para compartir vida, salud, vivienda, educación, participación, justicia, libertad?

(Com-pañero, "copain", es aquél que comparte el pan con otros que hacen el mismo camino. A la manera del Compañero mayor, por los caminos de Emaús, en última suprema instancia).

TERCERA: Para ir al cielo no tenemos otro camino más que la tierra. Solamente en la Historia podemos ir acogiendo y esperando y haciendo el Reino. Si no asumimos las responsabilidades del tiempo, en la vida diaria de la convivencia y el trabajo, la lucha y la fiesta, la política y la fe -esa Fe que es de la Tierra, como su hermana, la Esperanza, porque en el Cielo ya no se cree ni se espera- ¿qué misión asumimos?, ¿a qué vocación respondemos?, ¿cómo colaboramos con la obra de Dios?

"¿Por dónde iréis hasta el cielo/ si por la tierra no vais?". Somos personas de cuerpo y alma en indisoluble unidad; no somos espíritus "puros". La espiritualidad cristiana no es un espiritualismo desencarnado. Es el seguimiento del Verbo encarnado en Jesús de Nazareth; la más histórica y "material" de

las espiritualidades, en la línea bíblica de la Creación, el Éxodo, la Profecía, la Encarnación, la Crucifixión y la Resurrección de la carne.

¿Por dónde vamos, si no vamos por esa "tierra" de nuestra fe cristiana?

Ni vamos solos, sino en comunidad, en mancomunidad solidaria, como personas de una sola Humanidad -y, aquí, en un Continente uno-, como miembros de la congregada Iglesia -pero, aquí, aconteciendo latinoamericanamente.

No podemos hacer de la espiritualidad un negocio individualista, un sálvese quien pueda, un prescindir del dolor y de la lucha que nos circundan; porque solamente la caridad desinteresada y comprometida y gratuita santifica y en la tarde de la vida -diría Juan de la Cruz- seremos juzgados en el amor. El juicio "final" -nunca más adecuado el adjetivo- a que seremos sometidos cada uno de nosotros versará en tomo a lo que hayamos o no hayamos hecho en favor de los demás: de su sed, de su salud, de su libertad. Eso nos dejó rotundamente dicho el Hijo de Dios e hijo de María, nuestro hermano de sangre y de herencia.

Humanas escalas de Jacob, arrollados en la Kénosis del propio Jesús, debemos "subir" a Dios y "bajar" a los humanos, en un vaivén incansable de contemplación y de acción, de gratuidad y de servicio, de espíritu y materia. Mientras haya Tiempo.

CUARTA: Quizá la conmemoración, bien o mal traída, de los 500 años, nos habrá ayudado a reconocer, sin escapatoria posible, esas "viejas heridas" de la colonización, no sólo militar y política, sino también cultural y religiosa. Una ancha herida, no restañada, de 500 años de violaciones o de imposiciones, también eclesiásticas. En la teología, en la liturgia, en la pastoral. En la formación sacerdotal y en la vida religiosa. En los derechos y deberes autónomos y corresponsables de las Iglesias del Continente. En la legítima subsidiariedad de las conferencias episcopales o de religiosos. En el modo de vivir y de anunciar la fe, hombres y mujeres. En el compromiso de todos al servicio histórico del Reino. En la espiritualidad. Entendida la espiritualidad en su compleja y armónica totalidad, humano-divina, contemplativo-militante.

Las "*alcuzas de la ley*", las normas y controles impositivos, el centralismo monopolizador, el uniformismo que acaba negando la universalidad de la "Católica", no sanarán estas heridas; las exacerbarán todavía más, o las dejarán en el punto necrosificado de la indiferencia, rutina, el fatalismo.

Las "batallas" del Rey del Reino del Padre no son banderas ni códigos, no son cruzadas ni estadísticas, sino vidas, "vida en abundancia". Vidas o muertes, quizá; porque el desafío indeclinable que a la Iglesia se le presenta en América Latina y en todo el Tercer Mundo -en el único Mundo Humano, por mejor decir-, es responder, como Jesús, a los prohibidos de la vida, siendo para ellos buena noticia de sobrevivencia, de dignidad, de liberación y de esperanza. Y contestar, como Jesús, todas las vidas despilfarradas y proclamar, con él, que la vida humana es una, igual en valor, venida del Dios de la Vida, y nacida para siempre.

En el Tiempo y la Eternidad, el Reino es la Vida.

QUINTA: "*La misión grana en la calle*", allí donde los humanos se juegan su destino. Los templos o las curias deben estar al servicio de los hijos e hijas de Dios, quizás fuera de los muros. El culto y la burocracia religiosa no se justifican por sí mismos y hasta son blasfemos cuando, a su lado o bajo su dominio, por su indiferencia o por su impositividad, fallan la justicia, la caridad, la misión.

La misión acontece en el riesgo y a la intemperie de la vida humana, al soplo del Espíritu, eso sí, y en la Iglesia, pero no precisamente "en sacristía" o "en curias" cerradas.

"No os hagáis ilusiones... repitiendo: ¡Templo de Yavé, Templo de Yavé!", advierte Jeremías a todos los adoradores inconsecuentes. Y Jesús, llegada la plenitud de la revelación, desenmascara definitivamente la insensibilidad, los casuismos, el ritualismo, la hipocresía de los doctores y fariseos.

El Viento del Espíritu no está amarrado y "sopla donde quiere" y remueve y renueva los corazones y las estructuras. Sigue actuando, siempre. Crea, vivifica, libera. Si permitimos que el Viento calle, si el poder del legalismo ahoga la voz del Espíritu, nos exponemos a no oír a Dios, ni en la Biblia ni en la oración, comunitaria o individual, litúrgica o privada. O nos exponemos a oír a otros dioses.

Al Dios y Padre de Jesús nadie oye si no escucha simultáneamente el clamor de sus pobres, el gemido de su Creación.

SEXTA: Por otra parte, si no sabemos acoger el Espíritu, si no estamos atentos a su llamada, si no cultivamos sus dones, si no somos dóciles -también en el silencio y en la renuncia y en la gratuidad- a ese Viento que tantas veces pasa hecho "una brisa suave", como en el Horeb de Elías, ¿"qué palabra" llevaremos?, ¿qué mensaje será nuestra vida?, ¿de qué daremos testimonio? De la abundancia del corazón habla la boca. Vacíos de Dios, no podremos transmitir a Dios. No somos la Palabra, somos simplemente su eco, una voz suya. Indispensable, eso sí; por la corresponsabilidad que Él nos confía.

En nuestra pastoral, en la celebración de los sacramentos, no se trata de "hacer" pastoral ni de "administrar"; no se trata de "dar" el catecismo o el "curso" de novios o la hostia, como burócratas que

distribuyen fichas. En la pastoral y en la celebración - desde la misa y la catequesis infantil a la pastoral obrera o política y las romerías de la tierra- hay que "darse" a la Gracia y a los hermanos, experimentar lo que se anuncia, ser lo que se predica testimoniar con la propia vida el misterio que se celebra.

Un cristiano, una cristiana, son, ante todo, unos testigos de vida y, quizá, unos testigos de muerte: mártires, como tantos hermanos y hermanas de esta Tierra nuestra que mana leche y sangre.

SEPTIMA: Jesús fue el "Hombre libre", frente a la carne y el populismo, frente a la ley y el imperio; y por esa total libertad, en obediencia al Padre y a su Causa que es el Reino, fue llevado a la muerte de Cruz y a la victoria de la Resurrección.

La comunidad de los seguidores de Jesús ha de vivir hasta las últimas consecuencias -dentro de nuestro campo de juego, limitado siempre- esa libertad "con que Cristo nos ha liberado" y que Él, primero, vivió. Para la gloria de Dios Padre y para la Vida del Mundo. Sin ceder ante ningún poder y contestando todos los ídolos que dominan a las personas y todos los imperios que sojuzgan a los pueblos.

Si ella, la Iglesia, que es hija de la libertad del Espíritu, vendaval de Pentecostés, cede ante algún imperio -como tantas veces cedió-, "*¿quién proclamará el misterio/ de la entera libertad?*"; ¿quién le dirá la verdad a Pilatos, a Anás o a Herodes?, ¿quién sostendrá la esperanza, tan golpeada, del Pueblo?

La Espiritualidad de la Liberación es la espiritualidad de la libertad; porque solamente los libres liberan. Y es la espiritualidad de la pobreza, liberada de egoísmos, de consumismos y de posesiones varias, porque solamente los pobres son libres. La Civilización del Amor que proclamó el episcopado latinoamericano en Puebla, reclama simultáneamente la Civilización de la pobreza que defendió el teólogo Ellacuría, en el Salvador.

OCTAVA: No hay camino hecho en la espiritualidad, aun cuando sigamos a maestros y escuelas, antiguos o modernos, y aun sintiéndonos arropados por multitud de hermanos y hermanas que nos precedieron o nos acompañan en la aventura. No hay camino hecho, pero Él es el Camino. Y Él mismo es el pan y el vino de la jornada. No hace falta que esperemos trazados que sustituyan nuestra espiritualidad o que nos priven de explorar creativamente nuestras alturas o mayores bajadas. Andando en Él, según su Espíritu, se hace camino seguro al andar.

Nos podrá faltar todo y todos, quizás; pasaremos las "noches del espíritu", o los aislamientos de la institución; pero vamos en Compañía. Y somos comunión. De la Trinidad-Comunidad venimos, por ella y en ella vivimos, a ella vamos.

Y, sin embargo, nuestra espiritualidad, como la espiritualidad de cualquier persona humana, en cualquier coordenada de la Iglesia o en cualquier situación religiosa o cultural es una aventura en abierto, una lucha a todo riesgo, el juego máximo de nuestra libertad; es tanto el sentido como la búsqueda de nuestra existencia.

No hay camino. Hay Camino. Y se hace camino al andar. Eso quieren decir las canciones, con sus preguntas. Y dicen también más, si se las hurga, porque la poesía tiene la ventaja de decir más de lo que dice...

(CASALDÁLIGA, Pedro, y VIGIL, J. M^a, "*Espiritualidad de la Liberación*", 1993, p. 8-18)

"San Juan de la Cruz nos ha recordado que ser creyente, es pensar que Dios basta. La idolatría en la Biblia es el riesgo de todo creyente. Idolatría significa confiar en algo, en alguien que no es Dios, entregar nuestras vidas a lo que hemos fabricado con nuestras manos (...)

En A.L. estamos convencidos de que nuestro mayor problema en materia de creencia no es el rechazo a Dios sino la idolatría. El riesgo del creyente es idolatrar el poder y el dinero; esta idolatría del poder y el dinero es siempre, en un análisis de fe, la razón de la pobreza, de la miseria, de la injusticia. No hay que olvidar que A.L. es el único continente que es simultáneamente cristiano y pobre; en este hecho hay algo que no funciona debidamente; en efecto, los mismos que proclaman su fe en el Dios de Jesús olvidan o despojan a la inmensa mayoría de esa población.

También estamos convencidos, y Juan de la Cruz nos ayuda a entenderlo, que en el proceso de liberación podemos crearnos, fabricar nuestros propios ídolos. Por ejemplo, el ídolo de la justicia. Parece extraño hablar así, pero la justicia puede convertirse en ídolo si ella no está colocada en el contexto de la gratuidad, si no hay amistad con el pobre ni compromiso cotidiano con él. La gratuidad enmarca la justicia y le da sentido a la historia. La justicia social (por importante que sea, y lo es) puede ser también un ídolo y tenemos que purificarnos de eso para afirmar con claridad que sólo Dios basta, y de este modo darle a la justicia misma la plenitud de su sentido.

Igualmente el pobre con el que queremos comprometernos, ser solidarios, puede transformarse en un ídolo. Un ejemplo de esto es la idealización del pobre que algunos hacen en A.L. como si tuvieran que demostrar ante ellos mismos y ante los demás que todo pobre es bueno, generoso, religioso y que por esa razón hay que estar comprometidos con él. No obstante, los pobres son seres humanos atravesados por la gracia y el pecado como cualquier otro ser humano; idealizar al pobre no conduce a su liberación. La razón de nuestro compromiso con el pobre no es porque los pobres sean necesariamente buenos, sino porque Dios es bueno. Como es normal, entre los pobres hay de todo. El pobre y la pobreza pueden convertirse en un hilo sutil que nos amarre a un tipo de idolatría. En esto es importante el empeño de Juan de la Cruz por echar abajo todo aquello que no deje en claro a Dios y sólo a Dios.

No hablo solamente de los ídolos del dinero y del poder, también me refiero a aquellos que son solidarios con los pobres y pueden fabricarse ellos mismo otros ídolos. Hay más, y quisiera expresarme bien porque lo digo con mucha convicción, otro ídolo puede ser nuestra propia teología, lo que intentamos elaborar en A.L. a partir de la realidad de sufrimiento y de esperanza de nuestro pueblo. Ella puede igualmente apartarse de las realidades que le dieron vida para convertirse, por ejemplo, en una moda en la Iglesia universal. Quienes firman los textos más conocidos de esta perspectiva teología aparecen como los representantes de la Iglesia latinoamericana que buscan estar comprometidos con los pobres. Pero no es necesariamente así. Las vivencias más profundas las expresan los cristianos de nuestro pueblo pobre y maltratado. Anónimo para los medios de comunicación y para una cierta conciencia de la Iglesia universal, pero no para Dios. Ellos viven diariamente su compromiso con los últimos y desvalidos de nuestros países."

Gustavo Gutiérrez

En: CASALDÁLIGA-VIGIL, "Espiritualidad de la *Liberación*", pp.268-9